

## CARMEN MARISCAL MATER-IA

Las escamas de la MATER-ia. Cuenta Diógenes Laercio que a partir de Zenón de Citio, la antigua Stoà identificaba la materia con el principio pasivo, la substancia inerte y sin cualidades que el principio activo divino, a través de sus "razones semi-nales", fecunda y vuelve productiva. Si somos capaces de afinar nuestros sentidos a la voz transparente de la obra de Carmen Mariscal, el poético relato de las "razones seminales" que los estoicos vinculan al despertar de la materia, nos será de nuevo narrado. De tal modo, el eco de las palabras de aquellos contenidos sabios han aca-bado fecundando una multitud de ficciones; veraces, como todas las mentiras, in-ciertas como todo pensamiento. A una de ellas le ha sido dado el nombre de MATER-ia.

En ella se cuenta que la materia es una caverna hueca donde el devenir se gesta. Una oquedad informe. Sin lindes. Sus paredes errantes están cansadas, desgarradas como la vieja matriz del mundo. No obstante inerte, cobija un latido. Entre sus escamas, lo indeterminado acecha.

La materia duerme. Una forma vaga la reclama. Pero es demasiado imprecisa. Aunque la humedad de lo que ha de ser cicatriza las heridas del cansancio; remota y seca, la materia aún duerme. Es preciso que la forma se atrinchere, que un espíritu vivificante la penetre, la organice y se acerque de nuevo a la materia para despertarla.

Un cuerpo de mujer será la forma que resulte. Una hembra joven cuya envoltura sea juguete del tiempo. Las carnes prietas

pero la piel caduca. La forma asumirá la apariencia de los dedos tensados que deshacen el puño, un vientre abultado, los senos retenidos entre las cuencas de unas manos, un párpado vencido, el ombligo concéntrico al eco de sí mismo. Ella, la mujer como forma, contiene cualidades de elementos ajenos a lo corpóreo. Por ello, su piel simula la apariencia del abedul cercano, de la piedra que aúlla, de la niebla que expira, el mármol o el granito que bosteza.

Nada nos excusa si quebramos el silencio de la brecha que avanza sobre una panza henchida.

El enigma no se resuelve.

La vida sigue palpitando en su interior con los ojos cerrados.

Y volverá a escindir-se.

No es sólo un organismo que respira agotando sus fronteras en una línea de puntos. Un ente aislado, sellado como un fruto caído a la intemperie. Es una brecha henchida que avanza mientras en todo participa y en nada se agota. Un porvenir que arrastra a la materia de los sueños que privan sus potencias a la vigilia que expande sus motivos. La materia, esa cueva fría donde duerme la vida, se expande por las curvas de sus enigmas, ahora cóncavos, ahora convexos. El cuerpo de mujer como forma, la infla, la germina, la tensa como un arco, la repliega como una herida. Sabe que volverá a desgarrarse, que la materia volverá a la eventualidad de su hondanada y ella, la forma, al reino de lo impreciso.

Los estoicos creían que el universo penetrado por el soplo divino tenía una vida propia que se cumplía cuando los astros

volvían a la misma posición que tenían al comienzo. También el alma del hombre, chispa del fuego divino, podía conservarse sólo hasta el cumplimiento de ese ciclo cósmico.

El cuerpo de mujer se hace MATER-ia. Quizá nadie debiera revelar-le a Carmen Mariscal que sus ojos son las "razones

seminales" que dan forma a la materia. Podría cerrarlos, aturdida, y al privarnos de su mirada, los astros regresarían a la posición fatal del primer día.

M. José de los Santos Auñón  
Septiembre del 2003